**CONTORNOS**

Agosto 2005 - Diciembre 2006

Vol. XIX



Programa de Estudios de Honor

Universidad de Puerto Rico

Recinto de Río Piedras

**El amor de Laura**

**Airitza Yasmar Cruz**

Miró con su nerviosismo habitual, con su miedo. Axel ni tan siquiera reparó en el terror de sus ojos. Agarró sus cabellos con su mano para acariciarlos. Poco a poco, las finas hebras se entrelazaban en sus dedos. Laura se mantenía inmóvil, sin palabras. Su nombre se le escapaba de la memoria en estos instantes. Era inservible pedirle que parara. Buscó una de sus poses preferidas, como solía hacer, esperando que ella lo saboreara poco a poco. Pero Laura no reaccionó.

“Vamos amor, como la última vez, ¿te tengo que recordar?” vociferó. Ella, contestando más con un suspiro que con una voz, dijo, “no”. Ahora fueron dos manos las que sostenían su cabeza, manipulándola como mayor gusto encontraran… Las rodillas de Laura se magullaban insistentemente contra el suelo, comenzaron a agrietarse. Él empezaba a extasiarse.

La levantó del suelo, sonrió, y susurró algo en su oído. De momento, la mirada de Laura corrió hacia la ventana que permanecía medio abierta, y se percató de que la luna había perdido su brillo. Axel quitó de un sólo tirón su camisa y desabrochó su sostén. Deslizó su lengua por sus labios, y pasó a su cuello, sin que sintiera cosquillas. Se detuvo en sus senos, redondos y tiernos. Los agarró con tensión, circuló su lengua por sus pezones una sola vez, y los succionó encarecidamente hasta sacarles el jugo; primero el derecho, luego el izquierdo, repetidamente. Laura aún no salía de su asombro. Aquel hombre, con el que había compartido siete años de su vida, de repente se convertía en un ser indescifrable.

La atemorizaba sólo con el pensamiento, pero si hablaba, nadie le creería. “¿Por qué tienes puesto el pantalón?”, preguntó Axel melosamente. Lo desabotonó y lo deslizó rápidamente por sus piernas. Laura temblaba. La puso de espaldas a él, doblegó su torso y comenzó a deslizar sus manos sobre su cuerpo en movimientos verticales. Continuó, hasta que se percató que nada conseguía con sus agasajos, que el cuerpo de su compañera no se excitaba, transpiraba sólo por los movimientos, no por deseo. Luego, puso sus manos sobre la delgada espalda, hasta que el rostro de Laura casi tocó el suelo… sólo entonces se llenó el cuarto de sonidos, de gemidos, de llanto.

Las palabras se atropellaron en su garganta, el atollamiento evitaba que inhalara el aire. Apenas unas sílabas lograron escapar, ¡YA! Fue lo que alcanzó a balbucear, pero Axel no la escuchó. ¡Ya!

Por un instante cerró sus ojos, deseando que todo aquello fuera un mal sueño. Pero no era así. Estaba allí, postrada junto al hombre que había jurado amar hasta que la muerte los separara. Tal vez aquello era su muerte, pertenecerle. ¿Ya estás lista cariño?, cuestionó él. Laura intentó sonreír, pero su cuerpo la traicionó. Un chorrito silencioso se deslizó entre sus piernas y, en esta ocasión, no logró contenerlo. Axel no lo supo. Sólo hasta cuando se dispuso a saborearla y se dio cuenta del sabor. ¿Qué rayos es esto? Vete y sécate. Laura corrió al baño, habiendo deseado correr hacia la puerta que daba a la salida. No le hubiese importado andar desnuda, cualquier humillación externa era diminuta, comparada con la que sufría diariamente en su hogar. Se secó con el papel lo mejor que pudo y cerró la puerta con pestillo tratando de ganar tiempo; rompiéndose la cabeza, ideando de qué manera podría evitar a su marido.

Al ver que no regresaba, Axel abrió la puerta del dormitorio, se escurrió por el pasillo y giró precavidamente la puerta del baño.

-¿Estás bien, te pasa algo?

-Sí

-¿Entonces?

La cabeza le daba vueltas, miró a su alrededor tratando de localizar algún objeto con el cual defenderse, pero no halló nada.

“! Laura, abre!”

El cerrojo de la puerta volvió a adquirir su posición horizontal y Axel la tomó en sus brazos hasta regresar a la alcoba.

“Ahora sí”, murmuró él mientras saciaba su sed en un pozo que parecía no agotarse… Entonces, la cubrió con su cuerpo, agitándose como un tormentoso oleaje que chocaba contra ella una y otra, y otra vez. Axel se paró de la cama, se vistió, y la dejó allí. Le tiró un beso que murió en el aire, y se marchó.

Inmediatamente se llenó de suspiros la habitación, el llanto reventó, y retumbó hasta el techo. Rebotó en las paredes, y regresó como espiral a su pecho. No lo entendía, lo amaba, la amaba, era lo único que sabía. Sus ojos recorrían nerviosamente lo que encerraban aquellas cuatro paredes, cuando se toparon con un gran espejo. Se acercó a él, buscando reconocer a aquella mujer que le observaba ahora. Era irreconocible. Trató de borrar la imagen que veía, de desvanecer aquel desgaste, aquel dolor que se apoderaba de los diminutos poros invisibles. Restregó aquella imagen insistentemente con su camisa, la rasgó con sus dedos, pero no se iba. Continuó, hasta que astilló aquel espejo. Sus grandes pedazos resonaron contra el suelo.

Pensó en huir, justo cuando la sombra de Axel se dibujó detrás de ella. Abrió la puerta del cuarto y cristales rotos chocaron con sus pies. ¿Qué diablos es esto? ¿Te volviste loca otra vez? Dejó la marca de sus dedos grabada en sus mejillas, en su pecho, en sus costillas, y después se echó a dormir.

Laura miró a su alrededor con espanto. No era más su cuarto, no era ella, no lo merecía. Un ángel bajó a su lado a consolarla, a encaminarla. Era su dignidad. Aquella que habitaba dentro de pedazos quebrantados de cristal. En más de una ocasión la había dejado tirada en una esquina, pero esta vez esa dignidad se paró frente a ella y la estremeció de tal forma, que sacudió todos sus huesos. Luego de darle vueltas a su pensamiento, regó por el piso de su ropa. Se dirigió hacia el anaquel de la cocina, sacó una pequeña cajita de cartón y volvió al cuarto. Recorrió con la mirada, una vez más, el desastre. Encendió una cerilla, que dejó caer por instinto más que por convicción, y contempló las brasas que se consumían junto aquel hombre. Que lo consumían todo. Se arregló como pudo, cogió su cartera temblando, se miró en uno de los vidrios del espejo e intentó sonreír.

Salió, cerró la puerta de salida, y jamás la volvió a abrir.